

LA TITANICA OBRA DE SPRUCE Y LA LUCHA POR EL DOMINIO DE LA QUINA

Por Plutarco Naranjo

La malaria o paludismo es una antigua y grave enfermedad parasitaria que prevalecía en algunos países europeos desde antes de la conquista de América. En efecto, desde el Africa la malaria se extendió hacia el sur de Europa, particularmente por los países del Mediterráneo y por varios países del Asia. Desde el Africa y los países europeos la malaria llegó al Nuevo Mundo a pocos años de su descubrimiento.

Pese a las campañas de erradicación o por lo menos de control, auspiciadas por la Organización Mundial de la Salud y los gobiernos, la malaria sigue siendo una de las parasitosis que afecta a millones de nuevos enfermos y produce también millones de muertes al año.

Según parece, en 1630, el Corregidor de Loja, Juan López de Cañizares, se enfermó de tercianas, como se llamaba en esa época, y tratado con la medicina española de ese entonces, empeoraba cada día. Fue curado, milagrosamente, por el médico tribal o chamán de los malacatos, Pedro Leiva. Poco tiempo después López de Cañizares consiguió de Leiva un cargamento de la corteza de la que preparaba un polvo con el que le curó de la malaria y envió a Lima para el tratamiento del Virrey. Se ha podido esclarecer que el Virrey no adolecía de tercianas sino de “cámaras de sangre”, es decir de amebiasis. De todos modos el polvo que se preparó de la cascarilla sirvió para que los Jesuitas del Colegio de San Pablo, administraran a los pacientes, obteniendo resultados verdaderamente prodigiosos.

Los Jesuitas informaron del hecho a su superior en Roma, el Cardenal Lugo, a quien se le enviaron una buena cantidad de cascarilla y polvo, junto con las indicaciones de uso. Esto le permitió al Cardenal proporcionar la droga, a enfermos y particularmente religiosos, por lo que se le llamó “polvo del Cardenal Lugo”.

Poco a poco la quina fue entrando en el arsenal terapéutico de España, Italia, Inglaterra y los demás países europeos que sufrían del problema de la malaria, hasta que se convirtió en el medicamento específico y la corona española estableció el monopolio de la quina.

Por aquella época, los barcos españoles ya no iban cargados de oro y plata sino de toneladas de plantas medicinales y entre ellas, la principal la cascarilla, que valía casi tanto como los metales preciosos.

Entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX se produjo la llamada “CRISIS DE LA QUINA”. Por una parte, la producción de la cascarilla había disminuido debido a la irracional tala de los bosques. Por otra, las colonias americanas entraron en plan de guerra, en busca de su independencia, con lo cual se alteró grandemente el comercio de las colonias con España. Todo esto repercutió en un momento gran demanda de la droga.

Durante la Primera Guerra Mundial, Francia, sufrió la escasez de quina. Uno de los ejércitos, al comando del General Serrail, de cien mil hombres, sesenta mil estaban

enfermos, la mayoría por paludismo. Cuando recibió órdenes de avanzar contestó que: “mi ejército está en los hospitales”.

La propia España se vio obligada a comprar nueve mil libras de quina al enorme precio de veintitrés reales de vellón, por libra, para atender a los enfermos de las zonas pantanosas de Lorca, Riofrío y de las minas de Almon y Terrán. Las necesidades de España de la preciosa droga subieron rápidamente al desencadenarse la guerra con Francia, surgiendo la necesidad de atender a los ejércitos de Cataluña, Rosellón y Navarra.

En 1820 los químicos franceses José Pelletieu y José Caventou lograron aislar el alcaloide de la quina al cual le llamaron quinina. Tal hecho constituyó un importante paso adelante en la terapéutica de la enfermedad, pues se podía administrar la quinina en dosis precisas y apropiadas; pero para extraer el alcaloide se necesitaban cantidades más grandes de cascarilla, lo cual agudizó la crisis de dicha materia prima.

En estas circunstancias la reina Victoria fue informada que desde hacía varios años atrás un súbdito de su Majestad, explorador y botánico se encontraba estudiando la flora del Amazonas y recogiendo y procesando plantas para las colecciones florísticas del Herbario de Kew Garden y otros Herbarios famosos de Inglaterra.

La nueva misión de Spruce.

Richard Spruce era el botánico que a lo largo de cerca de diez años y con solo la esporádica ayuda de los pocos nativos, había explorado ya más de cinco mil kilómetros de las riveras del Amazonas y del Río Negro. Tarea que nadie antes ni después ha realizado. Por primera vez un botánico europeo entraba en contacto con miles de plantas nuevas que no eran, entonces conocidas por la ciencia.

Spruce, hombre de modales suaves pero de temple de acero, había superado todos los obstáculos y había salido airoso de todos los riesgos, incluidos aquellos de ser asesinado por los aborígenes y de haber soportado los peligros de las grandes tempestades tropicales y otros fenómenos climáticos. Superó, con gran esfuerzo y entereza las varias enfermedades tropicales incluida la propia malaria, que por más de una vez le pusieron al borde de la muerte.

Cuando el explorador botánico recibió una misiva muy cortés del Secretario de Estado para la India, había llegado prácticamente al término de su misión botánica y se preparaba para el regreso a Inglaterra. En ese momento se encontraba en la localidad de Tarapoto, en el actual territorio del Perú, aproximadamente a mil quinientos kilómetros de distancia del país de la quina.

La misión que la reina confiaba a Spruce consistía en avanzar lo antes posible a la tierra de la cascarilla roja, recolectar una gran cantidad de semillas maduras; sembrar unos miles de ellas y esperar que nazcan las plántulas y lleguen a una edad apropiada para el largo viaje a través de los océanos, hasta llegar al territorio de la India, bajo dominio inglés.

Haber navegado a lo largo de miles de kilómetros por el Amazonas y Río Negro, había sido como hoy recorrer en un vehículo por una carretera bien construida y pavimentada,

en contraste ahora le tocaba recorrer regiones que figuran entre las más lluviosas del mundo, con selvas casi impenetrables. Representó para Spruce el mayor de los retos que le tocó afrontar por el honor de la reina y el beneficio de Inglaterra.

Spruce sopesó la temeraria y casi imposible de la misión. Quizá otro inglés se habría excusado con buenas razones, pero él no dudó un momento en poner sus esfuerzos y sacrificios a favor de la lejana patria y de los miles o millones de ingleses y quizá de ciudadanos de otros países cuyas vidas dependían de disponer de la preciosa droga. Así pues, sin demora, se puso a organizar la nueva y terrible expedición.

Hacia el país de la quina.

Los primeros días de la expedición, iniciada en Tarapoto, fueron relativamente fáciles. Había la ayuda de los nativos y varias acémilas, pero la penetración en la selva se volvió cada vez más difícil y agotadora. Buena parte del recorrido había que hacerlo a pie y en las zonas pantanosas, a pie desnudo, pues las botas tendían a quedarse en medio del denso lodo. Miríadas de mosquitos constituyeron el peor tormento del viajero. Había días enteros que no se podía ver el sol por la densidad del bosque. Solo ocasionalmente conseguía un guía o alguna ayuda humana. En su diario, Spruce, apunta: "Junio 15: hemos tenido una tormenta desde las dos hasta las cuatro a. m. El agua gotea desde la cubierta de la choza hacia los pies de mi cama... Junio 16: de nuevo fuertes aguaceros desde la madrugada que deja el bosque completamente mojado por todo el resto del día... Junio 17: al amanecer, de nuevo las lluvias que sin descanso llegan hasta el mediodía". Atravesar la selva es hazaña ímproba, por los aguaceros, la falta de senderos, los suelos pantanosos. En ocasiones en dos o tres días no podía avanzar más de uno o dos kilómetros. En su diario, Spruce, dice que sufrió más durante este arduo viaje que durante los diez años previos de recorrido por el Amazonas. Cuando por fin llegó a orillas del río Puyo tuvo que esperar varios días para cruzarlo, pues estaba tan crecido que era imposible intentar semejante hazaña.

Es muy largo referirse a tantas penalidades que tuvo que soportar el inglés hasta que al fin, arribó a Quito, volvió a la civilización. Pero Quito no era precisamente el país de la quina, ahora tenía que afrontar nuevos y difíciles retos.

Las exploraciones por el territorio ecuatoriano.

El primer problema era localizar las diversas regiones del país donde se producía el árbol de la cascarilla. Todos sabían que los bosques de quina se encontraban en las montañas del sur del país y en especial de Loja. Fue a visitarlos. Efectivamente allí estaban todavía algo de los bosques que no habían sido completamente talados, pero ¿cómo transportar desde aquí las plantas y más materiales hasta la costa del Pacífico?

Durante varios meses Spruce exploró las diferentes montañas y bosques. Hizo frecuentes viajes. Algunas veces encontró ciertas áreas con los árboles apropiados pero no estaban en la estación precisa que él necesitaba para cosechar las semillas. Casi dos años requirió la tarea de esperar la maduración de las semillas, cuando ya encontró el bosque apropiado.

Después de tantos recorridos Spruce localizó una montaña en las estribaciones andinas occidentales, cerca de un río navegable en balsa. Ahora venía la difícil tarea de

conseguir autorización del gobierno y de los propietarios para desarrollar las tareas proyectadas. En sus varias estadías en la ciudad de Quito logró amistarse con el médico inglés James Taylor, nativo de Cumberland, quien vivía en el Ecuador desde hace treinta años. Dio la casualidad que el Dr. Taylor fue médico personal del General Flores, cuando éste desempeñaba la Presidencia de la República y además era profesor de anatomía en la Universidad de Quito. La amistad con el doctor Taylor fue decisiva para el futuro de las largas y difíciles negociaciones para firmar un convenio con el mencionado General. También logró la intervención del Cónsul inglés y bajo el pago de cuatrocientos dólares, Spruce fue autorizado a realizar siembras de las semillas y posteriormente exportar semillas, plantas y otros materiales pero no la cascarilla.

Spruce se entregó con todo su entusiasmo y capacidad de trabajo a cosechar semillas, sembrar viveros, lo cual se hacía por primera vez con la cascarilla; también ensayar a sembrar estacas, las mismas que prendieron y brotaron las correspondientes hojas. Sin embargo muy pronto el catepillar, los insectos y los hongos comenzaron una ruda competencia con el botánico.

Durante el periodo más crítico de esta tarea tuvo que afrontar otro problema, el tránsito de soldados y armamentos, pues había estallado una guerra civil. En los últimos meses tuvo la gran ayuda de Robert Cross, uno de los botánicos del Kew Garden.

Venciendo todas las dificultades humanas y naturales Spruce logró reunir seiscientas plantas en buenas condiciones para ser transportadas, más de cien mil semillas y todo esto fue acondicionado en una balsa que fue construida expresamente para este objeto a fin de llevar el material hasta el puerto de Guayaquil. La navegación por el río tampoco fue fácil pero, de todos modos, todo el material llegó al puerto de Guayaquil en muy buenas condiciones. Después de pocos días, el 2 de enero de 1861, el valioso material biológico fue embarcado en una nave especial, con destino final a la India. Pero parte del material fue destinado también al Kew Garden, de Londres. También una cierta cantidad de plantas y semillas fueron enviadas a Jamaica.

Tanto las plantas como las semillas llegaron a la India. Las semillas germinaron y fueron utilizadas para un cultivo extensivo en las colinas de Nielgherre al sur de la India y en Sri Lanka, en Yarjeeling y otros lugares. Desafortunadamente después de siete años de cuidadoso mantenimiento de las plantas se verificó que los lugares seleccionados en la India no eran los apropiados para el crecimiento de los árboles de cinchona y que el rendimiento en quina de la corteza, era sumamente bajo.

Sin embargo esto no desalentó a Inglaterra y además otros países tomaron también la iniciativa de cultivar la quina. Entre esos países estuvo principalmente Holanda que cultivó la planta en la Indonesia obteniendo un completo éxito.

Después de tan dura misión, Spruce regresó a su amada Inglaterra. Nadie le esperaba. Volvió enfermo y hasta más pobre de cuando dejó su terruño. Apenas algunos de los botánicos amigos, para quienes trabajó en el Amazonas le ayudaron en los siguientes años difíciles de su quebrantada salud. Sus últimos años dedicó a escribir las memorias de su viaje.